

www.elboomeran.com

Hans Magnus Enzensberger

El gentil monstruo
de Bruselas
o Europa bajo tutela

Traducción de Richard Gross



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Sanftes Monster Brüssel oder Die Entmündigung Europas

© Suhrkamp Verlag

Berlín, 2011

*Publicado con la ayuda del Goethe-Institut y el Ministerio Federal
de Relaciones Exteriores alemán*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Corbis / Cordon Press

Primera edición: enero 2012

© De la traducción, Richard Gross, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6337-6

Depósito Legal: B. 37059-2011

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

1. GLORIAS & ALABANZAS

Las buenas noticias escasean; por eso conviene empezar con ellas, aunque todo reportero de verdad obviamente prefiere las malas.

Vaya en primer lugar lo más importante: pocas son las décadas en la historia de nuestro continente en que haya reinado la paz. Entre los Estados que pertenecen a la Unión Europea no ha habido un solo conflicto armado desde 1945. ¡Casi una generación entera sin guerra! He aquí una anomalía de la cual este continente puede estar orgulloso.

También podemos alegrarnos de una serie de comodidades ajenas a una cuestión de vida o muerte, comodidades que se han convertido para nosotros en tan naturales que ya no nos llaman la atención. Las personas menores de sesenta años no recuerdan lo trabajoso que era después de la Segunda Guerra Mundial entrar en un país veci-

no. Sin una larga y penosa lucha burocrática era imposible pensar en viajar al extranjero. El que quería cruzar una frontera había de presentar cartas de invitación legalizadas, rellenar solicitudes de visado por triplicado, pedir permisos de estancia, superar un complicado régimen de divisas amén de una docena de otros obstáculos. Para recibir un libro del extranjero uno tenía que someterse al enrevesado trámite de la central de aduanas. Pagar una factura emitida en España o cobrar un giro procedente de Francia venía a ser nada menos que un acto de soberanía que no podía realizarse sin una nutrida colección de sellos oficiales. Hoy día, de todo ello no queda más que un vago recuerdo. Quienes poseen el pasaporte de un Estado miembro de la Unión Europea pueden, en su mayoría, vivir donde desean sin hacer cola en la oficina de extranjería para conseguir su permiso de trabajo o residencia. Incluso se ha hecho posible, salvo rara excepción, conectar un aparato eléctrico sin llevar en la maleta un arsenal de adaptadores. También ha bajado notablemente –muy a pesar de las agencias de cambio– un gran número de gastos de transacción monetaria.

En suma, el proceso de la unificación europea ha hecho cambiar para mejor nuestra vida cotidiana. En lo económico fue durante mucho tiempo

tan exitoso que hasta el día de hoy toda clase de aspirantes posibles e imposibles llaman a sus puertas pidiendo la admisión.

Además hay que agradecer a nuestros custodios bruselenses que, en no pocas ocasiones, hayan arremetido con coraje contra carteles, oligopolios, malabarismos proteccionistas o subvenciones prohibidas. ¡Las tarifas telefónicas! ¡La letra pequeña de los contratos destinada a engañar a consumidores incautos! ¡La defensa de los no fumadores! ¡El timo al sacar dinero del cajero automático! La Unión vela por crear transparencia en estos ámbitos.

Tarea ardua que no se da por hecha. Pues una y otra vez los gobiernos nacionales se han dejado doblegar complacidamente por los gigantes mundiales de los sectores farmacéutico, energético, financiero, alimentario o de la comunicación. Se trata aquí de contrincantes que disponen de enormes recursos económicos; luchan sin contemplaciones por sus beneficios de monopolistas, amenazan con suprimir puestos de trabajo y han alcanzado el virtuosismo en el arte de evadir impuestos. No existe ningún país que por sí solo sea capaz de hacerles frente, resistir sus tentativas de chantaje o incluso imponerles algún castigo.

Hay otros problemas de solución exclusiva-

mente comunitaria donde la Unión Europea ha hecho méritos. Lleva años intentando, sin éxito contundente, poner fin a ese ridículo parcheo que hace del control del espacio aéreo europeo un peligroso juego de paciencia. Pero, ante cualquier propuesta de concentración, los treinta y seis servicios diferentes que lo supervisan –cada uno con métodos y técnicas distintos– son defendidos por las instancias militares y civiles de los países miembros con una pertinacia propia de las ratas. Esta forma de control aéreo no sólo cuesta más de tres mil millones de euros anuales, sino que engulle inmensas cantidades de carburante y provoca un sinfín de retrasos y retenciones.

Fatales son también las consecuencias de la eterna disputa por las cuotas pesqueras y el siempre dilatado almacenamiento final de los residuos radiactivos, problemas que ninguno de los Estados miembros, según parece, puede o quiere resolver por sí solo. Y no terminan ahí las ventajas que ofrece la Unión. En los rincones más apartados de Europa puede uno encontrarse con carteles que proclaman que la construcción de tal autopista, puente, edificio o centro de investigación ha sido promovida por la UE. Pero es sobre todo el sector agrícola el que goza de ingentes subvenciones, siendo en particular las grandes

explotaciones las destinatarias de fondos procedentes de la mayor partida del presupuesto comunitario: la política agraria dispone de 59.000 millones de euros. El segundo lugar lo ocupa el fomento regional, cuyos 455 programas cuentan con un total de 49.000 millones (el Tribunal de Cuentas ha introducido una gota de amargura en este dulce maná al dictaminar que, últimamente, un 36% de esos proyectos han sido subsidiados sin que cumplieran los requisitos).

No obstante, se trata, en su conjunto, de beneficios nada desdeñables. ¿Deberíamos, pues, felicitar a los guardianes de Bruselas por los bellos resultados que en muchos terrenos han logrado a despecho de «intereses nacionales» celosamente tutelados? No es del todo necesario, pues las propias autoridades europeas se están haciendo cargo de ello.